

## UN LIBRO EN EL BOLSILLO

Por JESÚS FERRO BAYONA

Una vez en Boppard, pequeña ciudad de Renania-Palatinado donde estuve un par de meses aprendiendo alemán, me senté en los jardines del Instituto Goethe a contemplar el Rin en todo el esplendor de la tarde de un verano fresco.

Divisé a una joven, inevitablemente nórdica por sus facciones, que leía mucho sin levantar la vista.

Me acerqué a ella y le pregunté en mi balbuciente alemán qué leía. En sus manos estaba un pequeño libro de ensayos literarios de Walter Benjamin, publicado por Suhrkamp Taschenbuch.

Empezamos a hablar, mezclando otros idiomas, mientras llegaba el atardecer de las diez post meridiem.

No era la primera vez que veía un libro de bolsillo ni conocía a una joven noruega concentrada en la lectura.

Había observado a muchos pasajeros en los tranvías y en los pasillos de los trenes que bajaban de París a la Costa Azul, casi siempre leyendo, sin ponerle atención a los hermosos cuadros de los paisajes de Francia.

Lo que comprobé fue que yo no era un lector latinoamericano aislado, que tenía que comprar libros de bolsillo en las librerías porque sólo contaba con recursos restringidos que no me daban margen para libros de pasta dura.

Por el contrario, me di cuenta de que los universitarios alemanes, los aprendices checos, nosotros, estudiantes latinos, podíamos leer las mejores obras en ediciones populares porque los Estados europeos los financiaban desde los ministerios de cultura.

He leído, por estos días de abril, previos a la Feria del Libro en Bogotá, que las casas editoriales han aumentado renglones para las publicaciones de estos pequeños libros que un estudiante, en principio, podría adquirir en las librerías de la capital y en las más escasas de provincia. Sin embargo, el hecho es que los estudiantes colombianos no leen tanto. No se podría atribuir ese fenómeno a la pereza, ni tampoco al peso de la cultura oral que prevalece entre nosotros.

El libro, en realidad, sigue estando lejos de los jóvenes, en gran medida, porque su precio continúa en las alturas para el presupuesto, si es que lo hay, de un muchacho que cuenta la plata para la alimentación y el transporte diarios.



De alguna manera, se podría obviar ese escollo si hubiera más bibliotecas públicas, pero lo que nos falta precisamente son sitios de lectura para todos. Sin olvidar que el inconveniente de algunas bibliotecas de interés común es la desactualización de las publicaciones científicas, mientras los libros de literatura y humanidades son de ediciones antiguas que no se reponen.

Las bibliotecas públicas son en otras partes lugar de integración social, dado el número de visitantes, asiduos o fugaces, que comparten bajo el mismo techo de la cultura el aprendizaje de la ciudadanía, que no se reduce a un hecho político de masas.

En países como el nuestro, el acceso a la información, la lectura gratuita, la investigación generalizada, deberían ser uno de los ejes centrales de la democratización cultural.

Es un tema al que los gobernantes de las regiones podrían apostarle como lo han hecho Bogotá y Medellín.

Subsidiar la lectura de libros, o la adquisición de obras humanísticas y de ciencias, no le restará mucho a los recursos destinados a la salud y a la educación. No es un gasto suntuario.

Podría llevarnos muy lejos en términos de salud mental y eficacia educativa si el Estado asumiera la política pública de subsidiar la compra de un libro de Dostoievski, una narración de Coetzee o los poemas de Quessep.

Escribió Borges hace tiempo que no se jactaba de los libros que había escrito sino de los muchos que había leído. Un director francés de cultura acota que con los libros ha podido comprenderse, ha elegido escuchar, que, al leerlos, las voces de los otros le han ahondado la conciencia y marcado su memoria.

Los libros, diría yo, son como el laberinto que nos llevan al otro lado de la soledad, nos hacen crecer interiormente, son como el arrullo maternal que nos da una seguridad inexplicable.

Por ese hecho individual de la lectura, por ese impacto social de los libros, por ese dinamismo de las sociedades que perduran con el cultivo de su cultura escrita, los dirigentes públicos y privados deberían patrocinar más las redes de lectores, destinar recursos para la construcción de lugares de conservación del patrimonio cultural como las bibliotecas públicas, proponerse invertir en cada joven colombiano para que acceda sin problemas a la información y a la cultura, que permanece viva en las palabras de los sabios, escritores y poetas.

Jesús Ferro Bayona: Rector de la Universidad del Norte.

